

## LOS PERFILES DE TU NOMBRE

Porque te hecho terriblemente de menos...

Te llamaba. Te llamaba con el desamparo del niño que pierde los brazos de su madre. Mi voz volvía como un eco escarchándose en mis oídos. Se me antojaba la soledad de un desierto inmenso entre tú y yo donde mis palabras sucumbían enterrándose en las arenas. Y entonces grité. Grité de nuevo tu nombre con la desesperación del naufrago.

Desperté angustiado. Mi brazo se descolgó ansioso hacia el lado de la cama donde deberías estar. Donde estarías hace un rato. Me desplazé hacia tu lado. Un rescoldo de tu calor aún templaba el lugar que habías ocupado. Algo de tu esencia, del olor de tu cuerpo, cabrilleaba entre las sábanas. Y me deleité sintiendo esos leves vestigios de ti con tu nombre engarzado todavía a mis labios.

Aún faltaba para amanecer. Los intersticios de la persiana no filtraban más que una brizna de tenue luz artificial. Demasiado temprano para mí. Pero decidí levantarme -echándote de menos como si hubieses emprendido un largo viaje- sabiendo que no podría permanecer un minuto más entre las sábanas.

Al salir de la habitación seguí tu rastro hasta el cuarto de baño. Allí, el perfume que de común adoba tu cuerpo elaboraba disintos tirabuzones con la imagen fingida de tu rostro que creí percibir en el espejo. Y me recreé un instante musitando tu nombre como un mantra ante la vacuidad del azogue como si realmente estuvieses frente a mí.

Continuaba echándote terriblemente de menos a pesar del absurdo que representaba. Inconformista ante tu cotidiana ausencia cuando las obligaciones laborales te reclaman.

Descendí las escaleras tras el trazo del aroma a café recién hecho. Me serví una taza que bebí despaciosamente con la delectación del que saborea una crátera repleta de alguna ambrosía servida por cualquier dios. Porque habían sido tus manos las artífices del líquido oscuro que comenzó a revitalizar mis ánimos. Y pensé entonces en tantos detalles, quizás insignificantes o banales, que pasamos por alto diariamente. Tantas pequeñas cosas que nos unen, que aunque no conformen más que la cotidianidad de la existencia llevan para mí implícito un sello indeleble: TU NOMBRE y con él tu imagen, tu existencia... mi vida.

Por eso me he apresurado a recoger en estas líneas -antes que el día me arrastre con su carga de obligaciones- lo que siento. Para que no caiga en el fácil olvido que acusamos casi siempre los humanos. Para que sepas que son muchas las horas en las que deshojo la palabra añoranza acudiendo a mis labios sin remedio los perfiles de tu nombre.

El amor suele nacer impetuoso. Venero que pronto se transforma en torrente llevando a la deriva sueños y deseos. Luego, el tiempo y sus escorrentías enriquecerán esas aguas que ganarán en anchura trocándose caudaloso río... pero más apacible y sosegado. Y llegarán tormentas y avenidas -porque la vida suele herir de mil maneras- que enturbiarán su linfa pero también las alimentarán con un poso de ambrosías que persistirá cuando retomen los momentos serenos.

Y puede que ahora, nosotros, transitemos esos meandros que ralentizan aquel fragor de otras épocas. Puede que las aguas mansas acusen a veces una sensación de indolencia. Pero sé que no es más que un espejismo que a veces la vida recrea. Son obligaciones, quehaceres. Es el mundo que gira y nos arrastra. Es el tiempo que con los años acelera su ritmo y entretanto se pierde parte de aquel vigor primigenio.

Ahora vivimos la serenidad de un amor consolidado que escapa de raseros. La hermandad de nuestros cuerpos que ya no saben vivir por separado. Y es que es llegado el tiempo de afianzarse en los detalles, de querer y quererse saboreando las horas sin estridencias, apurando cada uno de esos ápices

de felicidad que morosamente suele ofrecernos la vida.

Sé que el día avanzará impreciso con su carga arborescente de monotonías y que solo el obligado recorrer de los perfiles de tu nombre alebrestará las ansias pesarosas del tiempo aún por consumir sin estar junto a ti. Y es que no puedo dejar de quererte entre horas, por eso cierro los ojos tantas veces y te imagino celeste prendida a mí. Ausente estás pero no de mi mente sedienta siempre de tu presencia. Por ello me recreo en el color de tus ojos, en el trigueño de tus cabellos, en las palomas inquietas de tus manos, en esa ternura mimética que exhalas por la que recorrería todos los laberintos del universo... en todo aquello que conforma la amada imagen que lleva consigo la estela de tu nombre.

Y pienso que no necesito una lluvia de estrellas ni que tu cuerpo y el mío viajen a lejanas constelaciones. No añoro relámpagos ni flamígeras luces. Me basta con amar y amarnos en los pequeños instantes que compartimos, cuando nos reconocemos frente a frente y nuestras manos se entrecruzan o engarzan nuestras lenguas junto a esa complicidad que compartimos y que nos hace fuertes frente al mundo.

Ahora, hojeando el envés de un tiempo que flaquea ante un soliloquio que a menudo mantengo, me consuela pensar que en breve vendrás como un atávico murmurio que hará de escudo al tiempo detenido por tu ausencia, y volverán a alegrarse las horas rompiendo relojes y premuras.

Y en este amanecer acostumbrado, desconsolándome ante tu falta, siento que el tafetán de tu nombre aún destella humidades entre mis dedos y continúo sintiendo el vértigo de tus labios, la luz apacible de tu mirada y la cascada de tu risa como el fulgor del estío que espejea en la estela de tus ojos.

Como el niño la noche de Reyes, no puedo evitar sentir una ilusión imponderable al pensar que esta tarde, a tu regreso, te aguardaré con esta carta improvisada. Y sé del brillo que anegará tus ojos al leerla. Y después, teniéndote por fin junto a mí, celebraremos el final del día enredándonos en caricias y abrazos, compartiendo esos besos postergados... porque no me hace falta nada más para ser feliz que pensar que sigues a mi lado.

Hasta entonces, disfrutaré con los retazos de tu esencia acrisolados a la imagen amiga que secunda las sílabas de tu nombre: Ana.

ÁLVARO SIJÉ